



ACADEMIA HISPANOAMERICANA DE DOCTORES

DISCURSO DE INGRESO PRONUNCIADO POR EL

ILMO. DR. D. SALVADOR ANTUÑANO ALEA

EN EL ACTO DE INGRESO COMO ACADÉMICO DE NÚMERO

EN MADRID, EL DÍA 20 DE NOVIEMBRE DE 2025

Excelentísimo Señor Presidente de la Academia Hispanoamericana de Doctores, Profesor Doctor Don Óscar Yecid Aparicio Gómez,

Excelentísimo Señor Vicerrector de la Universidad Francisco de Vitoria, Profesor Doctor Don Fernando Viñado Oteo,

Excelentísimo Señor Presidente de la Academia de Doctores de España, Profesor Doctor Don Antonio Bascones Martínez

Excelentísimo Señor Catedrático y Académico, Profesor Doctor Don Eudaldo Forment Giralt –querido maestro–,

Excelentísima Señora Secretaria General de la Academia, Profesora Doctora Doña Olga Lucía Ostos Ortiz,

Ilustrísimo Señor Profesor y Académico, Doctor Don Abel Miró i Comás, nuestro Padrino ante la Academia,

Ilustrísimos colegas,

Señoras, señores, amigos todos.

« Fecerunt itaque civitates duas amores duo »

(San Agustín, *De Civitate Dei*, XIV, 28)



Con estas palabras sintetiza San Agustín en su Ciudad de Dios los fundamentos del desarrollo histórico y la clave de los avances, retrocesos, glorias y crisis del hombre a lo largo del tiempo, desde su creación hasta su destino final.

Pero, ¿qué tiene eso que ver con nosotros, dieciséis siglos más tarde? ¿Por qué traerlo aquí, a un acto de una Academia que pretende -según declaración propia- “integrar a doctores y profesionales destacados de diversas disciplinas, fomentando el intercambio interdisciplinar y la colaboración en iniciativas que impulsen el avance científico, social y tecnológico”? ¿Qué podría aportarnos para eso hoy un Obispo africano del siglo IV-V, cuyas ideas ni siquiera ayudaron a sus contemporáneos a evitar el cataclismo del mundo antiguo? ¿O acaso lo hicieron? ¿No quedaron hace ya mucho tiempo sus enseñanzas ampliamente superadas?

Nuestra tesis es muy simple: estamos convencidos de que San Agustín mantiene una enorme vigencia y su doctrina puede muy bien ayudarnos a afrontar los desafíos de nuestro tiempo —mucho más, por supuesto, que los pensadores actuales.

Cuando los hombres atraviesan la historia, frecuentemente caen en períodos de crisis. Así, no es fácil encontrar abundantes y largos años sin guerras; en cambio, vemos muchas veces a las naciones y a los pueblos oprimidos por tiranos y constatamos que, comenzando por los líderes, la corrupción se extiende por todas partes —en política, en economía, en la sociedad, en la cultura, en la moral pública y privada y hasta en la casa misma de Dios—. Y no solo vemos eso, sino también cómo se justifica y se blanquea, pues los maestros de la manipulación quieren convencernos de que los vicios son virtudes y la depravación y la infidelidad deben quedar normalizadas.

En momentos así, parece que ya no hay héroes, ni sabios, ni santos. En tales crisis, incluso la misma Naturaleza parece atacar a los hombres con terremotos, inundaciones, huracanes e incendios, como si las fuerzas cósmicas de los cuatro elementos quisieran arruinar cualquier



felicidad humana...-, y todas estas cosas traen consigo más calamidades como pobreza, hambre, violencia, migraciones de pueblos enteros, tristeza, depresión, sufrimiento y muerte. Y las mujeres y los hombres terminan por perder el aliento y el sentido de su existencia. Olvidan incluso quiénes son, cuál es su origen, su dignidad y el alto destino al que han sido llamados, y, sin saber ya qué hacer, vagan por la vida como señaló el Apóstol, « *sine spe* » (Ef 2, 12), en un nihilismo egoísta, cínico y mortífero.

Les ruego que me perdonen por la impertinencia de pintar este paisaje tan sombrío y fuera de lugar en un acto tan radiante como el que celebramos. Por favor, no se agobien con esa descripción, pues por supuesto, con ella no me refiero para nada a nuestro tiempo, en el que estas cosas no podrían suceder: los avances de nuestra ciencia nos libran cada día más de la superstición y la ignorancia; el incesante progreso nos salvará de nuestras enfermedades y pandemias; tenemos la Tecnología no sólo para hacer nuestra vida más fácil sino para llevarnos a los siguientes niveles de la evolución, el trans-humano y lo post-humano; contamos además con la democracia liberal, la Alianza Atlántica y las Naciones Unidas, y con gobernantes -nacionales y planetarios- que son un dechado de justicia y sensatez; incluso tenemos ya una inteligencia artificial que puede suplir, infalible, los defectos de la natural, que cada vez es más escasa. No, como ven, aquella imagen de tiempos en crisis no se refiere a nuestro siglo, sino a la era de San Agustín, remota ya, y felizmente superada.

Al Obispo de Hipona le tocó ciertamente vivir una época muy difícil, muy dura y de grandes cambios. Cuando era joven, disfrutó del esplendor de Cartago, Roma y Milán. Fue testigo del triunfo de la fe cristiana y de los preludios de lo que llegaría a ser la Cristiandad, pero también vio el colapso del Imperio Romano y, con esto, el hundimiento del mundo antiguo. Amaba la literatura greco-latina, su arte, su cultura refinada, y vio que los bárbaros llegaban con lenguas extrañas, estilos rudos, violentas costumbres; su juventud había discurrido en un mundo ordenado y tranquilo, pero luego experimentó las intrigas, los cismas, angustias y guerras. Tuvo que recibir a los inmigrantes que venían huyendo del saqueo de Roma,



amonestó a sus hermanos obispos para que no abandonaran a su rebaño en la tribulación de las invasiones, y finalmente murió cuando su propia ciudad, Hipona, padecía el sitio al que la sometían los vándalos de Genserico. Su mundo ardía en llamas y a él le había tocado estar en el corazón del fuego.

¿Y qué hizo? No se desesperó. No huyó. No perdió ni la esperanza ni la alegría. Supo estar en paz —no sin sufrimiento, no sin cruz, pero en paz—. Y vivió la caridad, de modo que ayudó a otros a recordar quiénes eran —hijos de Dios—, y a qué estaban llamados: a vivir una vida divina por toda la eternidad. Por eso enseñó todos los días en su basílica de la Paz en Hipona y escribió numerosos libros y cartas para mantener ardiente la esperanza de su época.

En sus *Confesiones*, como es sabido, nos cuenta su vida, sus problemas, sus faltas y pecados, sus profundos anhelos, y cómo Dios lo rescató y le dio esperanza y paz. Una paz tan alta, una paz tan honda y amplia que pudo recordar quién era y a qué estaba llamado. Él, que había llegado a ser para sí mismo una «*magna quaestio*» (*Confessionum* X, 23), aprendió que era una criatura amada por Dios mismo. Él, que se había perdido en muchas sendas hasta tornarse en una desolada «*regio dissimilitudinis*» (*Confessionum* VII, 10), descubrió al final que «*in via sumus, patriam tamen attendimus*» (*Enarr. In Ps. 125*, 2). Y así pudo vivir en medio de una época tan difícil y ver que todos aquellos problemas no eran ningún oscuro destino de la negra Parca, sino una bendición, y que él tenía “la suerte -la gracia- de haber nacido en su tiempo” -como Fabrice Hadjadj lo dice de la suya, que es, ahora sí, también la nuestra-.

El Obispo de Hipona supo denunciar proféticamente las causas de la profunda crisis de su momento y también supo ofrecer criterios seguros para remediarla. Así, frente a la *aversio boni* del hombre que lo encierra en su propio egoísmo, propuso una *conversio* de interioridad y trascendencia (*De vera religione*, 39, 72; cf. *De libero arbitrio* III, 24, 72; *De Civitate Dei*, X, 32, 3); frente al emotivismo pasional vacío, apuntó a la búsqueda de la Belleza más antigua



y más nueva (*Confessionum*, X, 27, 38); frente a la huida y el abandono, exhortó a la resistencia responsable en la caridad (*Epistula* 228); frente a la «*libido dominandi* » (*De Civitate Dei*, praefatio) de la política enseñó la generosidad en la colaboración con el bien común; frente a problemas sociales como la inmigración y las invasiones pidió acoger a los necesitados y refugiados (*Sermo* 81, 9) y, al mismo tiempo, estar en guardia frente a los agresores (*Epistula* 111; *Sermo* 296, 15) -hasta el punto de sentar las bases simultáneamente de las doctrinas de la guerra justa y del principio de solidaridad (*De Civitate Dei*, XIX)-.

En definitiva, frente al nihilismo de una época que pensaba, como hará Macbeth, que:

«La vida no es sino una fugaz sombra, [...] un cuento
narrado por un idiota, lleno de ruido y de furia,
que no significa nada » (Shakespeare, *Macbeth*, V, 5),

San Agustín propuso que, lejos de ser así, nuestra vida está distendida, derramada y fragmentada en el tiempo, como un discurso, sí, o como un canto, pero que encontrará su sentido pleno y noble cuando haya llegado al final, recordada, pronunciada y unificada por Dios mismo, y allí se verá que las paradojas y contrastes que aquí nos inquietan son en realidad contrapuntos que realzan la belleza del conjunto en el orden del amor (cf. *Confessionum*, XI, 27-29).

Así, consciente de todo ello, San Agustín llegó a ser lo que Mesanza dice de San Luis, uno de esos «jinetes de luz en la hora oscura» (Mesanza, San Luis, en: *Europa*). Pero la hora que tendría que iluminar no era solo su propia época, sino todas las generaciones posteriores —también la nuestra—. Por eso, mientras sus ojos veían el desmoronamiento de la civilización antigua, sus palabras anunciaban el nacimiento de una nueva: como si en sus obras —y señaladamente *La Ciudad de Dios*— estuviera trazando los planos arquitectónicos para edificar la Edad Media —y de un mundo más justo—. Desde entonces sus páginas han estado



siempre abiertas, leídas, comentadas, imitadas —aunque no siempre entendidas—: en el Renacimiento, en la Modernidad, incluso entre los filósofos ateos y paganos de los últimos siglos y de hoy mismo.

Esa doble lectura de muerte y resurrección que —a la luz naturalmente del Evangelio— hizo sobre su siglo, ha iluminado la historia occidental hasta nosotros, sigue vigente y puede todavía encender con la Belleza el entusiasmo, iluminar con la Verdad la inteligencia y forjar en el Bien el carácter de un tiempo sentimentaloides, nihilista y frío como el nuestro.

Y como esto es así, nos parece que San Agustín, su doctrina y su estudio coinciden de lleno con la misión, los objetivos y los fundamentos de la Academia Hispanoamericana de Doctores, que pretende precisamente “fomentar el conocimiento, la investigación y la innovación en diversas áreas del saber, promoviendo el desarrollo académico y social en Hispanoamérica”.

Favorecer y contribuir a tal desarrollo, llevado a cabo con un alto sentido de excelencia, además en ese muy entrañablemente caro continente de esperanza, es un «*magnum opus et arduum*» (*De Civitate Dei*, praefatio) que puede dar un nuevo impulso a nuestra civilización. Si esto es así, nuestro reto es, como el de San Agustín, descubrir quiénes somos nosotros realmente, y a qué estamos llamados, y qué se supone que tenemos que hacer para convertirnos en héroes, para que también nosotros podamos llegar a ser «jinetes de luz en la hora oscura» (Mesanza, San Luis, en: *Europa*).

Y lo lograremos, si tenemos claro, como él lo tuvo, que son los amores bien concordados los que aúnan voluntades, acrisolan pueblos y construyen civilizaciones, y por eso hay que saber qué tipo de amor escoger para edificar la ciudad verdaderamente hermosa, justa, eterna: «*amor Dei usque ad contemptum sui*» (*De Civitate Dei*, XIV, 28; XIX, 24).



Por eso, para mí y para la Universidad en la que profeso, es un inmenso honor entrar a formar parte de tan distinguida Academia, en tal día como hoy, y encontrarme inmerecidamente rodeado de personas cuya nobleza, sabiduría y heroísmo están muy por encima de la indignidad de mis pobres logros, esos que el Profesor y Académico Abel Miró ha revestido caritativamente con el velo exagerado de la retórica —muchas gracias, Doctor—. Agradezco de corazón a mi querido maestro, el Catedrático Don Eudaldo Forment Giralt, que haya propuesto mi nombre para ingresar en esta Casa. Agradezco también al Excelentísimo Señor Presidente, Dr. Óscar Yecid Aparicio Gómez, la generosa magnanimidad que me ha mostrado al recibirme en esta Academia Hispanoamericana de Doctores, honor que agradezco también en nombre de nuestra Universidad Francisco de Vitoria. Espero, con la ayuda del Señor y la de todos ustedes, corresponder lo mejor que pueda y no estropearlo demasiado.

Soli Ipsi Laus.